

Otra cuestión que conviene destacar tiene que ver con la producción literaria vinculada a *La Revista Blanca*, a la que se le dedica un capítulo centrado en la colección La Novela Ideal, impulsada por la revista en su segunda época. El olvido crítico que denuncia Prado respecto a estas producciones se acentúa en este caso, puesto que además de ser literatura popular, se trata de novelas sentimentales escritas por mujeres. No obstante, Prado desarticula los prejuicios críticos que asocian la literatura de masas y la temática romántica a la alienación y el patriarcado. De hecho, el autor demuestra cómo la colección, en la que publicaban fundamentalmente escritoras, constituye un vehículo ideológico que procura construir a la mujer como un ser independiente, con acceso al mercado de trabajo y dueña de su propio deseo. Mucho más de lo que se puede decir, señala Prado, de la literatura vanguardista canónica de la época.

El libro se cierra con un apéndice que reproduce una selección de los documentos analizados. Además de un resumen de las novelas consultadas, de gran utilidad para cualquier estudio posterior, se incluyen varios artículos de *La Revista Blanca* que reflexionan en torno a la mujer, así como el relato de Federica Montseny “Una mujer y dos hombres”. Estamos, por lo tanto, ante una publicación que viene a completar varios huecos críticos. En primer lugar, el doble olvido de una serie de escritoras, por anarquistas y por mujeres. Y en segundo, la importancia del anarquismo en la historia del feminismo español, generalmente obviada en otros estudios similares: olvido desconcertante, en tanto que nos encontramos un discurso que, a todas luces, puso especial empeño en socavar los discursos de clase y género que imperaban en las primeras décadas del siglo XX.

ALBA DEL POZO GARCÍA

Universitat Autònoma de Barcelona /
Cos i Textualitat

D.O.I.: 10.2436/20.8020.01.54

Demenageries. Thinking (of) Animals after Derrida

Anne E. Berger y Marta Segarra (eds.)

Critical Studies, 35, Amsterdam, Rodopi, 2011

La escritura o el r@stro animal¹

En 1973, cuando esperaba la llegada de Michelle Porte, que iba a entrevistarla en su casa de Neauphle, Marguerite Duras presenció el vuelo empecinado de una mosca, su creciente agonía y, finalmente, su muerte. La muerte de *esa* mosca se convirtió, tiempo después, en uno de los núcleos de su extraordinario ensayo

¹ Para Leyvacan, que me mira. Y para *cette reine, noire et bleue*, que muere.

Écrire (1993), porque “Sí. Eso es, esa muerte de la mosca se convirtió en ese desplazamiento de la literatura. Se escribe sin saberlo. Se escribe para mirar morir una mosca. Tenemos derecho a hacerlo” (Duras, 2000: 46).²

Hélène Cixous señala que los animales han estado presentes activamente en la obra de Jacques Derrida desde el momento en que la huella constituye el motivo (en sentido etimológico) de que el pensamiento y la escritura acontezcan en/desde la deconstrucción. La escritura o incluso la palabra, en tanto que dependientes de la huella, no son propiamente (o únicamente) humanas sino animales.

En su introducción al volumen que nos ocupa, titulada oportunamente “Thoughtprints”, Berger y Segarra, apuntan: “If animals ‘write’ and humans write qua animals, then the link usually made between autography, speech, and self-consciousness is put in question. ‘If animals ‘write’ and humans write qua animals, then the link usually made between autography, speech, and self-consciousness is put in question. If animals ‘write’, it is ultimately the basic correlation between subjectivity, self-reflexivity and human language that needs to be rethought and reformuled” (5). Y, entre otras cosas, a esta reformulación y repensamiento se entrega *Demanageries*, desde un lugar indisoluble entre la teorización y la lectura. Luego habrá que volver al foco autográfico y al *yo*, por ahora me detendré en la escritura animal.

Como deja ver el subtítulo *Thinking (of) Animals after Derrida*, el libro, conformado por una colección de nueve ensayos que acompañan la introducción, nos invita a seguir el rastro de unos textos que siguen el rastro de los textos de Derrida, siguiendo a su vez el rastro (del) animal. O mejor, como el propio filósofo lo denomina, del *animot* (animote). Esta palabra advierte, por un lado, de la pluralidad de los animales (puesto que fonéticamente coincide con *animaux*) y se resiste, de este modo, a una generalización binaria, contraria y complementaria humano *versus* animal, donde animal pretende englobar la pluralidad de los seres vivos no humanos, desde un protozoo a un elefante. En *El animal que estoy si(gui)endo*, Derrida anota:

La confusión de todos los seres vivos no humanos bajo la categoría común y general del animal no es solamente una falta contra la exigencia de pensamiento, la vigilancia o la lucidez, la autoridad de la experiencia, es también un crimen: no un crimen contra la animalidad, precisamente, sino un primer crimen contra los animales, contra *unos* animales. (Derrida, 2008: 65)

² “Oui. C’est ça, cette mort de la mouche c’est devenu ce déplacement de la littérature. On écrit sans le savoir. On écrit à regarder une mouche mourir” (Duras, 1993: 53). Cito desde la traducción castellana de Ana María Moix en Barcelona por la editorial Tusquets.

Por otro lado, esta palabra —*animot*— contiene la palabra (*mot*), incluso el nombre, del que el animal está privado. De nuevo, Derrida si(gui)endo el animal:

No se trataría de “restituir la palabra” a los animales sino de acceder a un pensamiento, por quimérico o fabuloso que sea, que piense de otro modo la ausencia del nombre o de la palabra; y de otra manera que como una privación. (Derrida, 2008 : 66)

Si(gui)endo este lenguaje de huellas *mudas* (sin palabras), pero de huellas que *dicen*, los ensayos que constituyen este volumen nos trazan, huella tras huella, el pensamiento animal, que rastrean tras/con Derrida y logran así difuminar una de las fronteras más incontestadas, mejor afianzadas, que la Modernidad blindó a fin de garantizar la centralidad del hombre (el masculino aquí no quiere ser ni neutro ni generalizador). Este gesto, osado, etimológicamente radical, sitúa este libro en la estela de lo que se ha denominado el giro anti-humanista del pensamiento occidental, iniciado —según las editoras— tras la II Guerra Mundial, de la mano de propuestas como la ecocrítica o de los denominados *Animal Studies*, campos de trabajo transdisciplinarios en los que se ubican conocidas pensadoras feministas como, por ejemplo, Donna Haraway.

Como consignaba más arriba, el yo cartesiano que sostiene su existencia en el pensamiento de su yo, precisamente, se desarticula ante la mirada del otro, “de lo radicalmente otro, más otro que cualquier otro y que *ellos* denominan un animal” (Derrida, 2008: 27). *Ellos* son los teóricos y filósofos que no han tenido en cuenta que el animal que ven puede mirarlos e interpelarlos: Descartes, Kant, Heidegger, Lacan y Lévinas, por ejemplo, en *L’Animal que donc je suis* (2003).³ En este sentido, *after* Derrida, los ensayos de *Demenergies* responden a esta interpelación, nos arrastran por los rastros a mirar la mirada del otro —como apunta Lévinas en *Étique et infini* (1984)—, porque es una cuestión de ética también, nos llevan a ver la mirada (de un) semblante —esto es, de un semejante— aventurarnos a ver un rastro/rostro que nos mira (al contrario que con Lévinas, que no reconoce el rostro en/de los animales).

Derrida se sitúa desnudo ante un gato —*su* gato— que lo mira (¿desnudo?):

Ante el gato que me mira desnudo, ¿tendría yo vergüenza *como* un animal que ya no tiene sentido de su desnudez? ¿O al contrario, tendría vergüenza *como* un hombre que conserva el sentido de la desnudez? ¿Quién soy yo entonces? ¿Qué soy? ¿A quién preguntarle sino al otro? ¿Quizás al propio gato? (Derrida, 2008: 19-20)

³ Existe traducción española a cargo de Cristina de Peretti y Cristina Rodríguez Marciel, *El animal que luego estoy si(gui)endo* (2008), por la que cito. Está editada en Madrid por la editorial Trotta.

El *animot* nos mira (no solamente nos ve) y tal vez el pensamiento empieza aquí, tras/junto a este encuentro, y acontece de forma impersonal, sin requerir ese yo cartesiano que lo subjetiviza y monopoliza. Este es el gesto deconstructivo que desplaza el pensamiento de una dimensión necesariamente autorreferencial antropocéntrica para ponerlo del lado del rastro animal.

En *Deménageries*, el ensayo *L'Animal que donc je suis* es un intertexto crucial. Con él dialogan los tres primeros artículos del volumen, al hilo de este *je suis* que aglutina el *seguir* y el *ser* el animal en la escritura y el pensamiento. Marie-Dominique Garnier ofrece un *close reading* cuidadoso y atento del ensayo derridiano, que consigue llevarnos por reflexiones muy sugerentes (al hilo de sus huellas) a la vez que entrecruza el rastro de Derrida con propuestas de lo que considera una especie de “manada” de pensadores nómadas que comparten hábitat (Cixous, Deleuze, Adami...). Por su parte, Ginette Michaud hace suya la afirmación derridiana “Pues el pensamiento animal, si lo hay, depende de la poesía” (Derrida, 2008: 22) y, entre otros caminos, ofrece protagonismo a la literatura, como un refugio (luego volveremos a ello). Asimismo, establece un diálogo con otro texto filosófico de Derrida, de corte autobiográfico: “Un *ver à soie*. Points de vue piqués sur l'autre voile” (1998). Centrándose en el ensayo de 2003 y poniéndolo en relación con algunos aspectos de *La bête et le souverain* (2009), también de Derrida, Claudia Simma sigue el rastro del *mal* presente en el *animal*, para poner de relieve las connotaciones religiosas asociadas al texto derridiano.

Los siguientes tres capítulos —y sigo la estructura establecida por las editoras— se centran en textos literarios, que analizan a la luz de las propuestas sobre el *animot*. Así, Anne E. Berger, persigue los animales no humanizados, que preservan su diferencia radical, en la narrativa de la Condesa de Ségur. Por su parte, Joseph Lavery se centra en la obra de Kafka, y entre otras cosas nos invita a releer el relato “Odradek” como un caso de *animot*. Por último, la novela *Disgrace*, de Coetzee, en diálogo con el texto derridiano “Rams”, constituye el centro del artículo de Adeline Rother, que rastrea en ambos relatos el acto del sacrificio animal.

Los tres artículos restantes abren vías distintas. Rosalind C. Morris analiza desde la animalidad derridiana la otredad en el contexto surafricano, y pone en revisión el binomio humano/animal (volviendo a Coetzee y a sus novelas *Disgrace*, de nuevo, y *Elizabeth Costello*). Por su parte, James Siegel muestra los procesos por los que se ha erigido la identidad occidental, así como la genealogía de la frontera entre humanidad y animalidad. En el artículo que cierra el volumen, David Wills deconstruye la concepción mecánica que Descartes sostenía para con los animales, por la incapacidad de pensamiento que les asignaba, y entrecruza la *differance* con el concepto de *desterritorialización*, acuñado por Deleuze y Guattari, a fin de repensar los conceptos de *respuesta* y *reacción* como dualidad que tradicionalmente ha distinguido humanos

(presuntamente capaces de respuesta) de animales (únicamente capaces, en principio, de reacción).

Para finalizar, no quiero dejar de elogiar la magnífica introducción que a través de estos “Thoughtprints” nos brindan las dos editoras. En ella consiguen exponer sucinta y magistralmente el pensamiento sobre los animales en la obra derridiana o *la pensée de l’animal*. Saben otorgarnos claves para la lectura posterior de los nueve ensayos que siguen esas huellas introductorias y se ocupan de presentarlos en los tres bloques que he expuesto más arriba.

Demenageries constituye una magnífica inmersión en lecturas del giro anti-humanista, siguiendo las huellas del pensamiento del animal, cuyo r@stro me concierne, porque nos mira, nos interpela, cual semblante.

D.O.I.: 10.2436/20.8020.01.55

MERI TORRAS
Universitat Autònoma de Barcelona

